

no nos sacrificamos por la misma causa. ¡Permita el cielo que los tiernos herederos de una sangre tan generosa, lo sean tambien de su valor, y que la presencia de estas prendas preciosas os escite de continuo á dirigir las por el camino del honor (1)!" Las aclamaciones generales que promovieron estas pocas palabras, fueron interrumpidas por el jóven Enrique, quien se adelantó algunos pasos con gravedad heroica, y dijo: „Juro pelear por la causa comun hasta que la victoria ó la muerte nos hayan librado de la servidumbre, mil veces mas odiosa que la tumba." Proclamáronle al punto generalísimo, y el jóven Condé mostró con sus ademanes que habia heredado la sangre y el valor de los Borbones.

12. El generalísimo, adorado de los soldados veteranos y dirigido por Coligny, hallóse muy en breve con veinticinco mil hombres prontos á sacrificarse por servirle: y aunque el duque de Anjou tenia mayor número de gente, era igual en los dos partidos el deseo de pelear. Vinieron á las manos cerca de la Roca de la abeja, en el Lemosin, bien que esto no fue mas que una escaramuza, pero muy terrible por el encarnizamiento de los sectarios, quienes se empeñaron en no dar cuartel á nadie: ferocidad que no tardó en costarles muy cara. Emprendieron sin embargo el sitio de Poitiers, aunque habia advertido el almirante que estas grandes ciudades son por lo comun el sepulcro de los sitiadores. Verificóse muy

(1) *Dupleix*, t. 3. p. 748.

pronto su presagio, porque con los calores escesivos y la abundancia de frutas, enfermaron desde luego las tropas alemanas que formaban parte del ejército calvinista; y habiéndose comunicado la enfermedad á los soldados franceses, causó tantos estragos en ellos que hubo regimientos enteros que se vieron obligados á interrumpir el servicio. Viéronse precisados á separar del campamento á los Príncipes de Bearne y de Condé, por el peligro inminente que habia de perderlos: despues de lo cual se fueron retirando unos despues de otros los oficiales de mas distincion. Viéndose por último casi solo Coligny, y acometido de una cruel disenteria, estaba, á pesar de toda la firmeza de su valor, en vísperas de retirarse con ignominia, cuando el duque de Anjou le ofreció un pretesto honroso para levantar el sitio, pues habiendo ido á atacar á Chatelleraut, que venia á ser el hospital del ejército calvinista, abandonó el sitio el almirante, y acudió volando á socorrer á sus enfermos. El duque de Anjou contento con haber libertado á Poitiers, retiróse de Chatelleraut, despues de un asalto muy sangriento en que no logró ninguna ventaja; y estando el almirante con mas fuerzas que él, decidióse á perseguirle. Mas habiendo recibido refuerzos el duque, volvió contra el almirante, y éste se vió obligado á retroceder.

13. Despues de muchas marchas y contramarchas, estratagemas y escaramuzas, halláronse á tiro de mosquete los dos ejércitos, separados por un desfiladero, y se formaron en batalla cerca de Moncontour, aldea

de la provincia de Poitou ⁽¹⁾. Ningun general se atrevió á pasar el desfiladero, no obstante de que por una y otra parte eran muy grandes el ardor, la impaciencia y las quejas, así de los soldados como de la oficialidad: y habiendo abandonado sus banderas muchos hugonotes para retirarse á su país, levantó el campo el almirante para evitar que fuese en aumento la desercion. Mas cayeron sobre él tan de repente los realistas, que no pudo menos de empeñarse en una accion general. No se necesitó mas que media hora para decidir de la suerte de sus tropas, pues apenas pudieron sostener la primera acometida, y habiéndose desordenado á la segunda, se hizo en ellas un destroz horrible. Los católicos se estimulaban á no perdonar á nadie, gritando: *la Roca de la abeja*, para traer á la memoria la cruel suerte de sus prisioneros, quienes habian sido pasados á cuchillo con la mayor inhumanidad. Fueron degollados á sangre fria cuerpos enteros de tropas desarmadas. Rompieron de un fusilazo la mandibula inferior al almirante, que hacia oficio de capitan y de soldado. Cubierto de sangre enemiga, sofocado con la suya, y casi sin poder hablar, comunicaba sus órdenes, peleaba, corria para detener á los fugitivos; pero fue arrebatado por el torrente que procuraba contener. Banderas, cañones, bagages, todo quedó en poder de los católicos con el campo de batalla; y de un ejército de veinticinco mil hombres, solo pudieron reunirse como unos cinco á seis

(1) *Thou*, l. 45.

mil que se fugaron con los Príncipes y con el almirante hasta San Juan de Angeli.

14. No hubiera vuelto el calvinismo á levantar cabeza en Francia, si el almirante, como una roca inmóvil en medio de la tempestad, no hubiese despertado en algun modo, con la admiracion que escitó su magnanimidad, el valor de sus tropas, que iban á arrojar en el primer navío para ponerse á salvo en el país de su comunión; ó por mejor decir, si la política inquieta de Catalina de Médicis, los enredos de la corte, y los celos que tenia el Rey de su hermano el duque de Anjou, no hubiesen proporcionado á los vencidos una paz y unas ventajas que apenas hubieran logrado quedando victoriosos. Sostuvo generosamente Tavanés en un consejo, al cual imponia cierta sujecion su presencia, que no convenia conceder un punto de descanso á los conjurados hasta que se los obligase á abandonar el reino ó á encerrarse en alguna plaza miserable que fuese su refugio. Y como observase que no le presentaban ninguna razon que tuviese la menor apariencia de solidez, pretestó que queria mas dejar el ejército que hacer traicion al estado. Era esto exactamente lo que deseaban de un caudillo experimentado que no hacia sino aumentar laureles para ceñir las sienes del duque de Anjou; y así le concedió el Rey su licencia. Levantáronse nuevas tropas, nombráronse nuevos gefes, y perdióse el tiempo en sitiar plazas, dándolo á los vencidos para reponerse, en tales términos, que obtuvieron algunas ventajas ó dieron por lo menos batallas indecisas,

como la de Arnai del duque, desolando lo interior del reino. Para sojuzgar unos sectarios resueltos á defender sus altares ó á sepultarse debajo de sus ruinas, hubiera sido necesario inundar con su propia sangre á la Francia, en caso de esterminarlos todos. La necesidad obligó á lo que no habia podido hacer la prevision, y se arregló la paz, pero una paz tan favorable á la secta casi arruinada, que sus triunfos mas brillantes no la habian producido nunca otra igual. Concluyóse de este modo la tercera guerra de religion, ó de los religionarios rebeldes.

Además de la amnistía general, del libre ejercicio de su religion en todo el reino, menos en la corte, de la restitution de los bienes confiscados y de la aprobacion de cuanto habian hecho mientras duraron sus inquietudes y revueltas públicas, lograron el privilegio de recusar seis jueces en los parlamentos, lo que dió origen á las cámaras de igual número de votos católicos y protestantes; y tambien cuatro ciudades á su arbitrio, con facultad de poner en ellas gobernadores y guarnicion á sus órdenes (1). Eligieron la Rochela, Montalban, Cognac y la ciudad de Loira, pero jurando que en el término de dos años volverian á entregarlas al Rey. Casóse despues de esta paz Carlos IX con Isabel de Austria, segunda hija del Emperador, Princesa cuya afabilidad, espíritu de conciliacion y prudencia prematura debian producir al reino infinitas ventajas, á no ser por la ambicion

(1) *Thou.* l. 47. = *Memor. de l'Etoile*, t. 1. p. 14.

inquieta de la Reina madre, y por la escesiva reserva de Isabel.

15. Afligieron al santo Papa Pio V las condiciones concedidas á los hereges, así como los triunfos de las armas católicas habian animado las esperanzas de la religion, cuyos intereses eran el único objeto de toda la atencion de aquella digna Cabeza de la Iglesia (1). Alcanzaban á todos los paises donde peligraba la fe, su generosidad y solicitud. Despues de haber asistido eficazmente con dinero y tropas á los católicos de Francia y de Flandes, hizo los mayores esfuerzos con el Emperador Maximiliano II, á fin de restablecer algunos obispos y otros muchos pastores que habian sido espulsados de sus iglesias por los hereges; y obtuvo de este Príncipe, que por ningun caso se pusiesen los asuntos de la religion en manos de los legos; que no se admitiria en Austria la confesion de Augsburgo, ni se toleraria que viviese en aquel pais ningun luterano ó cualquier otro sectario. Trabajó tambien para sostener la fe romana en Polonia, y para conservar á lo menos su semilla en los demás estados del norte.

16. Habiendo sido depuesto el Rey Eríco de Suecia por haberse casado con su concubina y haberla declarado Reina, formó el designio su hermano Juan, que fue elegido en lugar de él, de restablecer la Religion católica; y para facilitar los medios de efectuar este pensamiento, envió al santo Pontífice un caballero de toda su confianza. Empeñáronse los grandes

(1) *Gabut. Vit. Pii V. l. 3.* = *Chacon*, t. 3. p. 997. y sig.

del reino en frustrar esta negociacion; pero el comisionado llevó de Roma algunos sacerdotes celosos que se derramaron por la Suecia, confirmaron en la fe á los católicos, y sacaron de las tinieblas del error á muchas personas, principalmente desde que el Rey, á instancia de la Reina Catalina, de la ilustre sangre de los Jagellones, abjuró sus errores en manos del sábio Posevino, de la compañía de Jesus, á quien habia enviado el Papa en calidad de nuncio.

17. Era tanta la devocion que tenia Pio V á Santo Tomás de Aquino, su hermano de hábito en la religion de Santo Domingo, que en medio de los grandes proyectos que exigian toda su atencion, ordenó que se celebrase su fiesta con cesacion de toda obra servil y del egercicio del foro, en toda la estension del reino de Nápoles, donde habia nacido el Santo (1): disposicion que no debia experimentar muchas dificultades. No sucedió así con la bula famosa que empieza por estas palabras: *In Cæna Domini*, la cual se publica todos los años en Roma el dia del jueves santo, y desde su origen, muy anterior á Pio V, era el espanto del mundo cristiano (2). Refiérenla unos autores á Martino V, otros á Clemente V, y otros á Bonifacio VIII. Julio II ordenó en 1511 que esta bula tuviese fuerza de ley en todas partes; y Paulo III se reservó en 1536 la absolucion de las censuras que impone. Espidió Pio V el mismo decreto que Julio II, y se reservó, á egemplo de Paulo III, todos los

(1) *Vit. Pii V. l. 3. c. 2.* (2) *Tratado de la autoridad de la bula In Cæna Domini, impreso en los Países-Bajos en 1719.*

casos contenidos en esta bula, de suerte que ningun sacerdote podia absolver de ellos sino *in articulo mortis*. Los puntos principales que en ella se refieren, son la heregia y la proteccion concedida á los hereges, la falsificacion de las bulas y demás letras emanadas de la santa Sede, los malos tratamientos egercidos contra los prelados, la usurpacion de los bienes de la Iglesia, la piratería, los atentados contra la jurisdiccion eclesiástica, y la imposicion de nuevos peazgos. Añadió despues Gregorio XIII las apelaciones al futuro concilio contra los decretos de los Papas.

El punto relativo á los límites delicados de la potestad eclesiástica y civil, y en particular el artículo que exime á los eclesiásticos de las cargas y tributos impuestos á los demás vasallos por sus Soberanos, fue lo que probó mayores dificultades, que fueron insuperables en casi todas las naciones. No teniendo por conveniente el Rey de España y la república de Venecia que participase el clero de las utilidades y ventajas del estado sin contribuir á llevar sus cargas, no consintieron nunca en que se publicase esta bula en sus dominios. Tuvo con este motivo el embajador de Felipe II en Roma altercados muy fuertes con el Padre Santo, que le amenazó con poner entredicho á Madrid y Venecia; y si no lo egecutó fue porque de allí á poco tiempo necesitó de estas dos potencias para la liga que ajustó con ellas contra los turcos (*). Tampoco fue admitida la bula en Francia,

(*) Véase sobre esta bula el tomo 16 de la Biblioteca de Religion, pág. 92 y siguientes.

donde desde el año de 1510 la habia declarado inadmisibile el concilio de Tours. Como despues de esto hubiesen tratado algunos obispos franceses de hacer que se recibiese en sus diócesis, ordenó el parlamento que fuesen emplazados, que se les embargasen sus rentas, y que cualquiera que no se sujetase á este decreto fuese tenido por rebelde y por reo de lesa magestad. Opúsose en Alemania el Emperador Rodolfo II con la mayor energía, á pesar de su mucha indolencia, á la publicacion de esta bula terrible, teniéndola por no menos contraria al verdadero espíritu de la religion que á los derechos de los Soberanos.

18. Mas feliz fue Pío V en las providencias que tomó para impedir que se estableciese la heregia en algunas ciudades de Italia, donde principiaban varios predicantes atrevidos á trastornar la fe de los pueblos. Siendo ya tan poderoso el partido que no tenia dificultad en luchar contra la inquisicion, recurrió el Papa á San Carlos Borromeo, pareciéndole que solo la virtud de este hombre celestial podria contrarestar los esfuerzos de la heregia; y á la verdad, no fueron vanas sus esperanzas. Trasladóse el santo arzobispo á la primera insinuacion del Sumo Pontífice adonde era llamado; pero antes imploró el auxilio del cielo con su clero y su pueblo, encargándoles que continuasen dirigiendo sus súplicas al Todopoderoso, mientras peleaba él contra sus enemigos (1). Unidas estas armas á la actividad del santo prelado, á su

(1) *Guissan. Vit. S. Carl. l. 2. c. 15.*

prudencia, moderacion y afabilidad, fueron tan eficaces, que vencidos los reos por medio de la persuasion, confesaron humildemente sus errores, y los abjuraron con toda sinceridad. Contóse un número muy corto de refractarios, quienes fueron castigados como perturbadores de la tranquilidad pública; y despues de esto tornó la potestad eclesiástica al libre y espedito ejercicio de su autoridad legítima.

19. El Papa habia confiado esta comision al santo arzobispo de Milán, por la noticia que tuvo de la admirable visita que acababa de hacer en aquella parte de su diócesi, que se dilata por lo interior de los Alpes hasta el territorio de los suizos. No menos como ángel de paz que como prelado revestido de la fuerza apostólica, habia recorrido todos los estrechos de los valles del levante, de Brogno y de Ripara, que se estienden hasta dentro de los cantones de Uri, Schuitz y Underval. Mas cuidando con estraordinario afán de no ofender la delicadeza y de conciliarse la benevolencia de una nacion muy celosa de sus derechos, habia escrito ante todas cosas con mucha atencion á los que gobernaban aquellos paises por nombramiento de los cantones. Dábales parte de la visita episcopal que se proponia hacer en ellos, y rogábales con grandes testimonios de confianza que le enviasen algunas personas de autoridad para que le acompañasen mientras durase la visita. Concilióse de todo punto el amor de los suizos la franqueza de este procedimiento, y enviáronle desde luego un diputado de cada uno de los tres cantones, con orden de complacerle

en cuanto se le ofreciese. Al presentarse en su territorio, prodigáronle grandes honores aquellos diputados en nombre de los loables cantones, y acompañáronle durante la visita, renovando á cada paso los testimonios de su veneracion, sin mostrar nunca la menor desconfianza. Siguiendo Carlos el ejemplo de San Pablo, dió pruebas entre los suizos de aquella condescendencia apostólica que se reviste de todas las formas para cautivar á todo género de naciones. A pesar del rigor habitual de su abstinencia, no se desdeñaba de sentarse á la mesa con ellos, y de probar algunas veces el vino, no obstante de que no usaba de él en ninguna otra ocasion, reduciendo su inclinacion austera á las reglas indispensables de la templanza, cuando importaba á la causa de Dios acomodarse á las costumbres de sus vecinos. De modo que fue inalterable el afecto que le profesaron, con grande utilidad de la religion.

Renovó desde esta primera visita toda la faz del cristianismo en aquellos sitios silvestres, y casi abandonados por sus predecesores. Recorriólo todo con indecible trabajo, atravesando nieves y torrentes para buscar sus ovejas descarriadas en las rocas y en las cavernas mas inaccesibles, predicando, catequizando, reanimando las últimas chispas de una fe casi apagada en el corazon de los pueblos, y aun de los eclesiásticos, estimulando á los pastores relajados, deponiendo á los incorregibles, y dándoles unos sucesores cuyas costumbres pudiesen servir de modelo en lo sucesivo. Hizo á pie la mayor parte de la visita,

y muchas veces con puntas de hierro en los zapatos para trepar por las rocas escarpadas, ó para no caer en los precipicios de que estaba rodeado: y en medio de estos trabajos tan penosos, aterido de frio y estenuado con la hambre y la sed, no encontraba mas alimento que pan de cebada, agua de la nieve que se desleía, castañas y alguna otra fruta despreciable, propia de aquel terreno ingrato.

Cuando hubo visitado todo el país, reunió al clero, y exhortó patéticamente á todos sus miembros á vivir como sacerdotes y como pastores, á conducir fielmente sus rebaños por el camino del Evangelio, y á volver á abrazar la antigua disciplina, de la cual apenas habia quedado entre ellos ningun vestigio. Es indecible el efecto que produjo entre los eclesiásticos, y aun en el ánimo de los diputados de los cantones, este discurso lleno de una unción divina. Confesaron de buena fe aquellos magistrados que habian escedido los límites de su jurisdiccion mezclándose en el gobierno eclesiástico; pero protestaron al mismo tiempo, que en cierto modo se habian visto precisados á hacerlo así, á causa de la vida escandalosa del clero, y de la negligencia de los arzobispos en reprimir estos desórdenes. Aseguraron que en lo sucesivo les bastaria para estar enteramente tranquilos la solicitud de un pastor, que se mostraba tan digno de su confianza, de su respeto y de toda su sumision; y prometieron que se trataria con seriedad de la egecucion de los decretos de Trento, los cuales fueron entonces aceptados solemnemente por el clero

del país, como tambien los estatutos del concilio provincial celebrado en Milán para este mismo efecto. Luego que se restituyó el arzobispo á su capital, envió á los tres valles algunos sacerdotes escogidos, y tras éstos varios religiosos capuchinos, los que con la predicacion y con el uso frecuente de los sacramentos, produjeron frutos de edificacion, tanto mas notables entre aquellos pueblos, quanto estaban menos acostumbrados á semejantes ausilios.

20. Si la vigilancia de este pastor infatigable se estendia hasta los campos mas remotos é incultos, no era menor su cuidado en atender á las parroquias é iglesias de la ciudad metropolitana, que debia servir de regla y de egemplo á las demás de la diócesi. Las visitó todas, y se siguió á la visita la supresion de los abusos, la reforma de las costumbres, la renovacion de las prácticas piadosas, y la de la magestad del culto público. En las iglesias colegiales, y especialmente en la catedral, habia gran número de canónigos y capellanes, constituidos en varias clases, y destinados á todo género de funciones; pero no por eso se celebraban mejor los divinos oficios, porque no residian la mayor parte de los beneficiados. Aun en la metrópoli no se cantaban mas horas canónicas que tercia y vísperas, y el celebrante solia ser un clérigo asalariado. Algunos sugetos poseían dos beneficios en una misma iglesia, y su mala conducta causaba mayor escándalo que su negligencia.

No contento Carlos con aplicar el remedio conveniente á estos desórdenes, trató de dar tal esplendor

á su iglesia catedral, que viniese á ser la ley viva de todas las demás. Habiendo observado que la corteidad de las distribuciones era la causa de la ausencia de los canónigos, las aumentó segun el plan del concilio de Trento; mandó que por ningun motivo dejasen de celebrarse los divinos oficios á las horas regulares, y además del celador nombrado por el cabildo, estableció otro con el encargo de anotar las faltas de asistencia, y las que fuesen contrarias á la dignidad del culto sagrado. Dividió las prebendas en tres clases, á saber, presbiterales, diaconales y subdiaconales, y nombró un teólogo que predicase los domingos y en las demás fiestas, y que diese lecciones de teología dos veces á la semana en la capilla del palacio arzobispal. Estableció tambien un penitenciario mayor, y le dió cuatro coadjutores con el título de penitenciaros subalternos, y con la obligacion de asistir puntualmente á la iglesia para oír á los penitentes que tuviesen necesidad de su ministerio. Se reunian una vez cada semana para resolver los casos dificiles que les hubiesen ocurrido, ó las dudas que les consultaban de todas las partes de la diócesi. Se dió á esta asamblea el nombre de congregacion de la penitencia. Confirióse otra prebenda, llamada doctoral, á un eclesiástico, cuya obligacion era leer los cánones á los clérigos dos veces cada semana. Se instituyó además un maestro de ceremonias para que se observasen éstas con la dignidad conveniente; doce clérigos inferiores para desempeñar de un modo eclesiástico los ministerios mas ínfimos; un cuerpo fijo y